

# La comunicación y el lenguaje

Por José Luis PIÑUEL RAIGADA  
Universidad Complutense de Madrid

## 1. El aprendizaje de las lenguas ¿es posible sin comunicación?

Una pregunta como ésta permite no sólo distinguir conceptualmente dos cosas distintas: la *comunicación* y el *lenguaje*, sino también establecer de inmediato que si las lenguas hay que aprenderlas (como lo demuestra la experiencia), entonces es posible que la capacidad de comunicarse preceda a la capacidad de usar una lengua.

Lo más fácil es pensar que nacemos con esa capacidad de comunicarnos, pero si se observa a un recién nacido (pues nadie dispone de recuerdos propios de aquella etapa) resulta difícil admitirlo. Habría entonces que forzar una explicación como ésta: la capacidad se tiene, pero hay que desarrollarla.

Ahora bien, supuesto que las lenguas se aprenden ¿hubo alguien que no tuviese que aprenderla? ¿Fue él quien comenzó a enseñarla a los demás? ¿Quién inventó la lengua?

### a. ¿Quién inventó la lengua?:

- Perspectiva evolutiva
- Perspectiva cultural

Parecerá una tontería esta pregunta, puesto que ya se sabe que sólo los mitos relatan gestas, denominadas *cosmogonías*, para dar una explicación del origen de cada pueblo, de cada cultura, incluyendo el origen de la lengua propia. La lengua, como cualquiera otra destreza cultural (no sólo para comunicarse, también para alimentarse, o para construir utensilios, etc.) es un patrimonio colectivo que va cambiando de generación en generación gracias a la capacidad de comunicación. Los antropólogos que investigan los orígenes de nuestra especie –el *homo sapiens*– son los primeros interesados en conocer cómo se fue desarrollando la comunicación dando origen a los códigos de señales compartidos a partir de los cuales pudo surgir aquello que puede considerarse ya una lengua. Por su parte, los etólogos (especialistas en comportamiento animal) se preocupan de estudiar cómo se organizan aquellas conductas (que más se asemejan a la comunicación humana) en ciertas especies en cuyo comportamiento se descubre que existen respuestas a estímulos (sonoros, visuales, químicos, etc.) cuya naturaleza asemeja mucho a un código de señales.

De momento, las incógnitas mayores entre etólogos y antropólogos residen en el hallazgo de los trayectos evolutivos; por ejemplo, ¿hubo alguna especie de abejas que pueda considerarse evolutivamente anterior a las que actualmente conocemos, y en cuyo comportamiento colectivo para organizar la búsqueda de alimento no existiese el repertorio de señales hoy confirmado? ¿Cómo apareció este comportamiento comunicativo? O, según se plantean los antropólogos, si entre los homínidos actuales y los hombres primitivos (v.g. los habitantes de Atapuerca, o los de las Cuevas de Altamira) las diferencias son abismales, ¿cómo fueron y cual debió ser la comunicación en aquellos grupos intermedios, capaces de explicar la evolución desde el repertorio de señales utilizadas por los chimpancés más evolucionados, y los repertorios de señales y signos que, como en el caso de Atapuerca o Altamira, permiten imaginar que hubo ya previamente un lenguaje evolucionado?. De hecho, si etólogos y antropólogos indagan a la búsqueda de los trayectos evolutivos

vos, es porque todos están de acuerdo en aceptar que existen dos procedimientos de interacción realizables por los seres vivos: la interacción que puede denominarse *coactiva* (la directamente ligada a la esfuerzo físico puesto en juego para forzar las acciones entre individuos de la misma especie o de otra), y la interacción *comunicativa*, hecha posible por el recurso a un «*trabajo expresivo*» es decir, por el recurso de producir señales para reproducir respuestas en otros.

Esta distinción conceptual está en el origen por establecer un examen descriptivo de los mecanismos de la interacción comunicativa, frente a los mecanismos de la interacción coactiva; y por referir ambos procedimientos de interacción, a la capacidad previa de organizar autónomamente la acción (aprender de la experiencia aún cuando se trate de conductas innatas), frente a las perturbaciones o estímulos procedentes del entorno circundante.

El examen descriptivo de los mecanismos de la interacción comunicativa, frente a los de la interacción coactiva, facilitó dos descubrimientos importantes:

- 1) El primero, advertir la función evolutiva que desempeña la comunicación en el comportamiento de los seres vivos, lo que permitió formular un programa de investigación enormemente original y que consiste en comprobar cómo, en la línea evolutiva de las especies, las conductas comunicativas aparecen siempre después de haberse adquirido previamente la capacidad de interactuar coactivamente; o, dicho de otra manera más concreta: si en una especie se advierten conductas comunicativas facilitando algún tipo de adaptación, las conductas de interacción coactiva que alternativamente podrían ejecutarse en su lugar, son propias de especies evolutivamente inferiores; brevemente: la dirección evolutiva de la conducta, para las especies, se da en el sentido de sustituir las acciones autónomas por interacciones y de sustituir - cuando ello es viable y no acarrea fracaso en el logro de objetivos- la interacción coactiva por la interacción comunicativa, lo que para la conducta de los niños en nuestra especie había sido ya propuesto por Piaget.
- 2) El segundo descubrimiento importante del examen descriptivo de los mecanismos de la interacción comunicativa, consiste en poner de manifiesto su rendimiento energético superior frente al de la interacción coactiva, en la medida que se puede asegurar el acoplamiento de acciones y/o representaciones entre individuos, con un esfuerzo significativamente menor y cubriendo distancias espaciales y temporales enormemente superiores entre los “comunicadores”; esto viene a explicar, complementariamente, el sentido de las funciones cumplidas por la comunicación en el desarrollo evolutivo de las especies y de los seres vivos.

A la espera de encontrar los trayectos evolutivos para la comunicación y el lenguaje, capaces de proporcionar explicaciones más precisas, el estudio antropológico de la cultura, al menos, facilita nuevos datos. Los antropólogos coinciden en advertir que todos aquellos comportamientos no incluidos en el programa genético, es decir, no heredados, sino transmitidos por el aprendizaje efectuado a partir de interacciones comunicativas entre congéneres de un grupo, y cuya vigencia en el seno de un grupo, de generación en generación, depende de interacciones comunicativas, son susceptibles de ser considerados culturales. Dicho de otra manera: en ausencia de interacciones comunicativas con congéneres de la misma especie, los únicos comportamientos que un individuo llega a realizar son aque-

llos que es capaz de aprender imitando los que realizan los seres vivos más próximos de su entorno, como ha ocurrido en aquellos casos que describen algunos antropólogos, el más célebre de los cuales fue narrado cinematográficamente por François Truffaut en *L'Enfant Sauvage* (1969); otro caso que ilustra una experiencia real de casi absoluta ausencia de comunicación con congéneres fue también llevado al teatro en *El Milagro de Anna Sullivan*, de William Gibson, e igualmente llevado al cine por Arthur Penn en el film *The Miracle Worker*. (1962). Conviene recordar cómo en estas historias, en ausencia de comunicación y, especialmente, careciendo del aprendizaje de la lengua (patrimonio vedado para adquirir aquellos comportamientos que no se pueden adquirir por simple imitación) se ilustra lo que estamos diciendo: la cultura está integrada por todos aquellos comportamientos que no podían aprender ni el “niño salvaje” del Aveyron, ni Anne Sullivan, antes de adquirir la destreza de usar un idioma.

En consecuencia, siendo la lengua un patrimonio cultural, la cuestión de quién inventó la lengua no tiene sentido: forzosamente el código de signos que, en cada caso, puede considerarse lengua, debió ser el producto de varias generaciones que particularmente en cada grupo o comunidad de humanos, por primitivos que fuesen, se consolidó como consecuencia del esfuerzo por transmitir la experiencia acumulada, a partir de estímulos progresivamente organizados para fijarla. Es decir, la lengua siempre es un producto cultural de la comunicación, del esfuerzo por hacer compartir, de generación en generación, la experiencia acumulada. Y seguramente las huellas de aquellos esfuerzos son las que afortunadamente nos han llegado al conservarse milagrosamente sus vestigios plásticos en las Cuevas rupestres.

b. Cómo aprenden la lengua los niños.

Célebre epigrama de LEANDRO FDEZ DE MORATÍN

*Admiróse un portugués  
de ver que, en su tierna infancia,  
todos los niños en Francia  
supiesen hablar francés.  
"Arte diabólica es  
-dijo, torciendo el mostacho-  
que para hablar el gabacho,  
un hidalgo en Portugal  
llega a viejo y lo habla mal,  
y acá lo parla un muchacho".*

Una cosa es usar una lengua aplicando con mayor o menor corrección sus reglas gramaticales -que como es sabido derivan de compartir un orden (sintaxis) con las palabras, un significado (semántica) adecuado a cada nivel de este orden sintáctico, y un uso (pragmática) adecuado a los escenarios de habla-, y otra ser capaz de representarse todas estas reglas buscándole un sentido. Esto último sólo lo pretenden los lingüistas, pero lo primero es cuestión de grado: una lengua se aprende probando reglas por ensayo y error; es decir, seleccionando aquellas formas sintácticas, semánticas o pragmáticas -unas correctas, otras incorrectas- en función del éxito comunicativo alcanzado. En la infancia, las reglas son parcialmente inventadas y parcialmente descubiertas en función de esa experiencia, a la que contribuye poderosamente el entorno familiar premian-do los éxitos y corrigiendo cariñosamente los fracasos; pero en la vida adulta, al aprender una lengua extranjera, los ensayos de prueba siempre se efectúan a partir de las reglas ya aprendidas de la lengua materna, por lo que es mucho más costoso sobre todo cuando la lengua materna es muy diferente de la otra que se quiere aprender.

Cita Claudio Gutiérrez (Profesor en la Universidad de Delaware y en Costa Rica: <http://cariari.ucr.ac.cr/~claudiog/>) a Terrence W. Deacon (*The Symbolic Species: The Co-evolution of Language and the Brain*. W.W. Norton, 1997), que dice: “el lenguaje ha evolucionado -independientemente de la evolución del cerebro pero coordinadamente con ella- para ser fácilmente aprendible por los niños. La selección natural habría eliminado en germen los lenguajes que no les fueren amigables (en el mismo sentido en que un programa informático resulta amigable para sus usuarios)”.

Esta postura es la contraria a la sostenida por Noam Chomsky, quien argumentó que la habilidad de los niños para adqui-

rir la gramática de su primer idioma, y la habilidad de los adultos para fácilmente usar esta gramática, sólo puede explicarse si suponemos que todas las gramáticas son variaciones de una sola y genérica "gramática universal" con la que los cerebros humanos vendrían equipados por nacimiento, mediante una especie de "órgano de idioma". Pero suponer que el cerebro humano produce la gramática porque posee una capacidad gramatical, equivale simplemente a pasar la responsabilidad explicatoria de los lingüistas a los neurólogos, lo cual crea más problemas que los que resuelve.

Cualesquiera que sean las predisposiciones responsables de la facilidad humana para aprender las lenguas, estas no dependen específicamente de ninguna información simbólica innata. (Deacon, 97, p. 339). La teoría de la gramática universal contiene hipótesis sobre los cerebros y la evolución que no son creíbles, lo cual no significa que debamos caer en una simple hipótesis de puro condicionamiento social. A pesar de que los niños aprenden el lenguaje, inmersos en un medio cultural, la pretensión de que el condicionamiento social por sí solo diera cuenta de la habilidad que adquieren, da por contestadas tantas preguntas como lo hace la teoría del conocimiento innato. Los niños, desde luego, pueden adquirir destrezas que ni especies, por muy "inteligentes" que sean, ni programas sofisticados de inteligencia artificial, son capaces de lograr, aunque los niños sean bastante limitados en otros aspectos de sus habilidades de aprendizaje.

Chomsky y sus seguidores tienen el mérito de haber planteado el enigma central sobre el aprendizaje del lenguaje: cómo puede ser tan fácil de aprender para los niños y el porqué de su espontánea adaptación a los distintos medios culturales. Pero la respuesta que ofrecen es equivocada. Afirman que el apoyo para la adquisición del lenguaje se encuentra dentro del cerebro, suponiendo tácitamente que no existe otro apoyo posible. Pasan inadvertida la posibilidad de que este apoyo no se encuentre en el cerebro del niño ni en los cerebros de padres o maestros, sino completamente fuera de todo cerebro, en la estructura del mismo lenguaje. Deacon plantea como analogía muy iluminadora el éxito obtenido hace veinte años por Apple Computers con sus interfaces de ventanas e iconos. Este éxito estuvo basado en la estrategia de que, en vez de tener que asimilar una colección de manuales ininteligibles, el usuario pudiera experimentar abriendo y cerrando programas y menús, y aprendiendo por ensayo y error, dentro de un ambiente donde las conjeturas intuitivas tenían una alta probabilidad de resultar correctas. En suma, se trataba de adaptar las operaciones de la computadora a la gente para que la gente no tuviera tanta necesidad de adaptarse a ellas. (Deacon 97, pp. 105-106). Con base en esa analogía, Deacon señala que a lo largo de incontables generaciones las lenguas han llegado a ser cada vez mejor adaptadas a la gente, de modo que la gente solo necesite hacer ajustes mínimos para adaptarse a ellas.

Los niños muestran una sorprendente habilidad para hacer conjeturas afortunadas sobre la gramática, anticipando espontáneamente las maneras en que las palabras pueden trabajar juntas. Las reglas que subyacen al lenguaje son adquiridas desde luego por aprendizaje de ensayo y error, pero con una muy alta proporción de que los ensayos resulten correctos. Los niños no tratan toda la gama de maneras lógicamente posibles de organizar las palabras, sino solamente algunas de ellas. Dicho de otro modo, están fuertemente sesgados en sus elecciones, ya que el lenguaje ha evolucionado precisamente en esa dirección. Las mentes infantiles no necesitan estructuras lingüísticas innatas, puesto que el lenguaje se ha adaptado ya por selección natural a sus propias predisposiciones mentales. En

vez de niños con sabiduría infusa, como pretendía la doctrina Chomskiana, tenemos lenguas amigables para el niño, algo mucho más natural y explicable. Y la explicación la encontramos en ese andamiaje teórico ya señalado: la evolución por selección natural. El lenguaje está todo el tiempo bajo la poderosa presión selectiva de tener que coincidir con las conjeturas probables de los niños, ya que ellos son el vehículo mediante el cual las lenguas se van reproduciendo de una generación a la otra. Curiosamente, "las lenguas necesitan de los niños mucho más que lo que los niños necesitan de las lenguas". (Deacon 97, pp. 107-109)

c. Cómo cambian las lenguas

Comparando con cuidado los rasgos de la evolución de las especies y de la transformación de las lenguas, se puede llegar a la conclusión de que no hay ninguna diferencia esencial entre la una y la otra. En otras palabras, las lenguas son especies culturales que evolucionan por selección natural, de la misma manera que las especies biológicas. Pero eso sí: las lenguas evolucionan con mucha mayor rapidez que las especies biológicas, de las que no existe un equivalente perfecto en las lenguas.

Para explicar la evolución específica de las lenguas, Deacon propone como hipótesis la forzosa coevolución del lenguaje y el cerebro, que hace totalmente innecesaria la hipótesis innatista de Chomsky y sus seguidores. Definitivamente las lenguas son más parecidas a las especies biológicas que a los sistemas formales axiomáticos (como son las gramáticas de los lingüistas). El motivo dominante en el aprendizaje y en la evolución de las lenguas es que su estructura debe pasar por un estrecho cuello de botella constituido por las mentes infantiles. Los niños humanos parecen preadaptados a conjeturar las reglas de sintaxis correctamente, porque las lenguas evolucionan de tal manera que incorporan en sus sintaxis los patrones conjeturales más frecuentes. Las operaciones lingüísticas que puedan ser aprendidas más rápida y fácilmente por los niños, tenderán a pasar a la nueva generación con más efectividad y fidelidad que aquellas que les resulten difíciles de aprender. Esta situación es homóloga a la representada por el reto que enfrentaron las computadoras PC frente a las computadoras Apple: el sistema operativo WINDOWS debió sustituir al sistema DOS porque el primero era más fácil de aprender a usar por los usuarios, que el segundo.

Otra metáfora útil para entender esto, es la de imaginar al lenguaje como una enfermedad infecciosa, en que una forma de vida independiente coloniza y parasita los cerebros humanos, usándolos para reproducirse, exactamente como los virus utilizan las células humanas y animales con ese mismo propósito. Efectivamente, el lenguaje es una forma de vida independiente (como otras formas de vida en una comunidad: formas de cazar, o de construir utensilios), que se aloja como un parásito (más bien beneficioso) en la mente humana, hasta el punto de contribuir a formarla de generación en generación. Como un virus mental, la adaptación simbólica nos ha infectado extensamente y, en virtud de la irresistible urgencia que ha instilado en nosotros para transformar todo lo que encontramos (incluida la gente) en símbolos, hemos devenido medios por los cuales se propaga a sí misma por todo el mundo. Incluso podríamos reconocer en este "virus" un aspecto infeccioso en el sentido negativo: aún cuando no creamos en ellas, nos encontramos todos cautivados por el atractivo de la numerología, la astrología, o teorías de la conspiración para explicar fenómenos históricos. Esta es la expresión característica de un estilo cognoscitivo únicamente humano, que nos marca como una especie íntegramente simbólica. Pocas sociedades humanas, si es que existe alguna, han escapado a la garra de las

creencias poderosas con las que explicar el misterio la vida y la muerte. (Deacon 97, pp. 436-437)

La consecuencia más importante de este carácter infeccioso del lenguaje es la dinámica coevolución entre las lenguas y sus anfitriones, los cerebros. Como en el caso de las especies biológicas, cada uno de los aspectos estructurales comunes presentes en las lenguas, surgió en respuesta a constreñimientos impuestos por un contexto adaptativo común. Algunas de las fuerzas selectivas de las estructuras lingüísticas incluyen sesgos hacia el aprendizaje inmaduro. Las adaptaciones del lenguaje a los niños llegan a hacer a las lenguas particularmente infecciosas en épocas cada vez más tempranas de la vida de los niños, asegurando así su reproducción indefinida. No hay ningún misterio en esto: según lo hace notar Deacon, "las lenguas resultan difíciles de aprender en la madurez, simplemente porque han evolucionado para ser fáciles de aprender en la infancia" (Deacon 97, pp. 136-137) Las lenguas, así, se juegan su propia supervivencia en el hecho de ser o no fácilmente aprendibles por los cerebros infantiles. Y en sus procesos de evolución por esta selección natural, han producido sesgos hacia la fácil memorización, hacia la articulación vocal y la audición humanas, así como a determinados sesgos de la referencia simbólica, que son esenciales para que el lenguaje funcione. El resultado es una extensa colección de predisposiciones perceptivas, motoras, de aprendizaje, e incluso emocionales, cada una de las cuales en alguna medida rebaja la probabilidad de fallos en el juego del lenguaje. A causa de todas estas influencias, las lenguas llegan por caminos independientes a parecerse unas a otras, no en detalle pero sí en términos de sus propiedades estructurales más generales. El resultado son patrones universales reconocidos por Chomsky como fundamento de su famosa "gramática profunda". Pero exactamente al revés de lo que Chomsky suponía, esos universales no están en el origen, en lo innato original, sino en el final, en la resultante común y de hecho de la coevolución del lenguaje y el cerebro. (Deacon 97, pp. 113-116) Los universales del lenguaje son solo universales estadísticamente, exclusivamente apoyados por estadísticas astronómicamente grandes, de millones de hablantes y de decenas de miles de años. Las lenguas se han adaptado a los cerebros humanos y los cerebros humanos se han adaptado a las lenguas, pero la tasa del cambio lingüístico es cientos de miles de veces más rápida que el cambio biológico. En la aventura de la coevolución de cerebro y lenguaje, a las lenguas les ha tocado realizar la mayor parte de la adaptación. (Deacon 97, pp. 121-122)

Ahora bien, la relativa lentitud del cambio genético evolutivo, comparado con el cambio del lenguaje, garantiza que solo los rasgos del lenguaje más invariantes y generales persistirán suficiente tiempo para contribuir significativamente a la evolución de largo plazo del cerebro. Por esta razón, existe poca posibilidad de que se den adaptaciones mentales a estructuras sintácticas específicas. Son más bien las distinciones sensoriales más confiables, asociadas de modo congruente con circuitos neuronales particulares, las que estarán sujetas a algún grado de asimilación genética. Mientras que la discontinuidad o arbitrariedad cultural entre las asociaciones de estímulos sensoriales y las referencias simbólicas, hace que las asociaciones simbólicas sean tan difíciles de aprender, lo que las hace también imposibles de asimilar genéticamente. A causa de ello, nunca hubo realmente oportunidad para la conformación de referencias lingüísticas innatas. Los atributos más universales de la estructura lingüística son por su naturaleza de lo más variables y están pobremente localizados dentro del cerebro. Son, pues, los rasgos menos probables de haber hecho evolucionar apoyos neuronales específicos.

Si hubiera reglas innatas de gramática en las mentes de los niños, nunca podrían haber llegado ahí por evolución genética. Y aunque muchos lingüistas han tratado de establecer parentescos entre las familias de lenguas, hasta ahora ha resultado imposible ponerse de acuerdo sobre un solo árbol que comprenda todas las familias existentes. La dificultad reside en la velocidad de evolución. A partir de cinco a seis mil años de separación entre dos lenguas, el porcentaje de palabras en común llega a ser demasiado cercano a cero para ser estadísticamente confiable. Por otra parte, la mezcla sexual de las poblaciones no conduce necesariamente a una mezcla paralela de las lenguas: por efecto de las relaciones de poder, los pueblos mezclados genéticamente tienden a guardar solamente una de las dos lenguas correspondientes a las poblaciones de origen. A veces la lengua del pueblo dominante no muestra ninguna alteración; y definitivamente la gramática se resiste mejor a la mezcla que el diccionario. Si existe un efecto de interacción entre genes y lenguas, dando a entender que las lenguas influyen a los genes, es en la medida en que una diferencia de lengua puede disminuir los intercambios genéticos entre poblaciones, aunque sin anularlos del todo. Sólo en este sentido el árbol lingüístico y el árbol genético pudieran corresponder, ya que reflejan la misma historia de separaciones y aislamientos evolutivos.

d. En qué se diferencia el lenguaje humano y el lenguaje animal.

No sólo los humanos mostramos una facilidad difícil de explicar, para aprender una lengua, sino que además las dificultades para aprender otra lengua disminuyen cuantas más lenguas se hayan previamente aprendido. La diferencia entre el lenguaje humano y el lenguaje animal residen fundamentalmente en esto: el primero, el lenguaje humano, es siempre objeto de aprendizaje en su totalidad; el segundo, el lenguaje animal, no. El lenguaje animal forma parte de la dotación genética de conductas innatas inscritas en las capacidades orgánicas del individuo, y que sólo son parcialmente modificables en función de las circunstancias de aprendizaje; mientras que el lenguaje humano forma parte de un patrimonio cultural externo al organismo individual. Los éxitos obtenidos por el animal al adaptar por aprendizaje la aplicación de sus conductas comunicativas innatas, representan una desviación mínima respecto a los esquemas de conducta, o de pautas heredadas, de los que parten. Mientras que en el lenguaje humano ocurre lo contrario: los esquemas de conducta heredados (sólo los arcos reflejos) representan una porción mínima respecto al conjunto de comportamientos que es capaz de realizar por aprendizaje, de forma que como prácticamente la totalidad de sus conductas son aprendidas, su aprendizaje depende enteramente de cuál sea la riqueza del patrimonio cultural de su entorno y de cuál sea su experiencia personal de interacción con él.

La segunda diferencia fundamental entre lenguaje animal y lenguaje humano procede pues de la diferente naturaleza de sus interacciones comunicativas: basadas en pautas heredadas para producir señales y reproducir respuestas a ellas asociadas en la comunicación animal, y basadas en esquemas simbólicos adquiridos por aprendizaje, en la comunicación humana. Los esquemas simbólicos no son correspondencias entre secuencias de señales (estímulos) y respuestas conductuales, sino asociaciones entre significantes y significados tan arbitrarias y convencionales, que los significantes pueden presentar gran margen de libertad en la gama física de componentes (volumen, tonalidad, contrastes, intensidad, etc.) sin que varíen por ello las formas perceptivas (visuales, acústicas, etc.) por los que se discriminan; y las respuestas no se desencadenan o activan como conductas asociadas, sino que son representaciones de conductas o comportamientos (e incluso representación de representaciones) con independencia de que efectivamente se puedan o no poner en

obra. Es precisamente este margen de libertad, tanto en la producción de mensajes, como en la reproducción de representaciones, lo que hace posible que la competencia comunicativa humana incluya la simulación, el falseamiento, la mentira... Esto, naturalmente, ocurre porque la comunicación humana se inscribe en una previa capacidad de interactuar que implica ya la representación de un *Yo* y la representación del *Otro* e incluso, a partir de los cuatro o cinco años la representación que a su vez sirve para representar la representación que del *otro* tengo *yo* y la representación que de *mi* tiene el *otro*, etc.

La tercera diferencia también fundamental entre lenguaje animal y lenguaje humano remite consiguientemente a la evolución de las lenguas y de las poblaciones, ya que la ausencia de contactos cuando dos poblaciones de hablantes llegan a permanecer largo tiempo aisladas, demuestra siempre cambios progresivos de lengua precisamente por el dinamismo y plasticidad con que se lleva a cabo su aprendizaje y el uso de sus reglas, algo que no ocurre ni mucho menos con igual celeridad comparando poblaciones animales de la misma especie, largo tiempo aisladas unas de otras.

Finalmente, el lenguaje animal difícilmente muestra gran variedad de formas expresivas al interior de una misma especie, como para que grupos de diferentes poblaciones no puedan interactuar comunicativamente entre sí; mientras que en la especie humana, la eclosión de diferencias llega a ser tan grande tras la evolución de grupos que permanecen aislados, que sin que haya habido ni mucho menos cambio de especie, los cambios de lengua llegan a ser tan profundos que al volver a entrar en contacto ya no se entienden entre sí; brevemente, podría afirmarse que si en el reino animal a cada especie con habilidades comunicativas le corresponde fundamentalmente igual lengua, en la especie humana la diversidad de lenguas es abrumadora; y, sobre todo, mientras las poblaciones humanas pueden permanecer inalterables genéticamente durante muy largo tiempo, en igual periodo temporal pueden haber desaparecido muchas lenguas y surgido otras nuevas.

#### e. Las lenguas muertas y las lenguas artificiales

¿Qué se entiende por una *lengua muerta*? Se denomina así a aquellas que fueron usadas al interior de una cultura de la que ya no quedan ni individuos, ni grupos, ni comunidades capaces de reproducir sus formas de vida compartida. Aquellas lenguas (v. g. el sumerio, o el asirio, o el indoeuropeo, por citar algunas al azar) han sido reconstruidas por los arqueólogos e historiadores de las lenguas, aplicándole, a muestras halladas de sus vestigios escritos, las reglas gramaticales que, por ensayo y error, resultan más adecuadas para interpretarlas: pero esta interpretación, que nunca puede ser corregida por los hablantes de aquella lengua, es siempre una interpretación artificial, guiada por los requisitos de la lógica formal habituales en la investigación científica. En realidad, las lenguas muertas son artificiales, porque tanto en su aprendizaje, como en su uso, se aplican reglas artificialmente construidas por una comunidad científica. Por el contrario, en las lenguas denominadas *naturales*, las formas de expresión y sus reglas de interpretación son patrimonio colectivo de una cultura en permanente cambio, consecuencia de la actividad vital y comunitaria de quienes se sirven de ellas en las interacciones humanas...

La cultura, es decir, el sistema organizado de aquellos comportamientos no incluidos en el programa genético, es decir, no heredados, sino transmitidos por el aprendizaje efectuado a partir de interacciones comunicativas entre congéneres de un grupo, y cuya vigencia en el seno de un grupo, de generación en generación, depende de interacciones comunicativas, es el entorno dentro del cual

puede vivir, desarrollarse, cambiar, una lengua. Y consiguientemente, las lenguas desaparecen cuando se extingue una cultura, y una cultura se extingue cuando desaparecen las interacciones comunicativas de las que depende.

Las interacciones comunicativas que, por el contrario, pueden establecerse usando una lengua muerta, son interacciones comunicativas al interior de nuestra cultura científico-técnica, la cual sirve para imaginarnos “culturalmente” nosotros unas formas de vida ya desaparecidas, con riesgo evidentemente, de equivocarnos y de imaginar lo que no fue.

La experiencia científica, propia de nuestra propia cultura, gracias a la cual podemos establecer artificialmente el uso de las lenguas muertas, también ha llevado a intentar, y conseguir, la “fabricación” artificial de lenguas; desde aquellas completamente instrumentales, como el Morse, o el lenguaje de sordomudos, etc., que en realidad sólo sirven para transcribir a un código convencional nuestras lenguas naturales, hasta aquellas otras, como el *esperanto*, creada por el matemático ruso de apellido Zamenhof, que la inventó con la idea, muy sugerente, de mezclar gramáticas de varios lenguas romances y del inglés. Pues bien, con más de doscientos años de aquella iniciativa todavía no se conoce ninguna comunidad humana que hable dicha lengua como moneda corriente en sus relaciones e intercambios cotidianos, todavía no se conoce ninguna cadena de televisión que emita en *esperanto* ni obra alguna que destaque en el panorama de la literatura universal que haya nacido al amparo de esa lengua artificial. Las lenguas artificiales, como el *esperanto*, surgidas en nuestra cultura, resultan un juego de élites culturales, las únicas capaces de acceder a su aprendizaje y uso; al forzar artificialmente los límites de las diferencias culturales de nuestros grupos humanos, donde siguen viviendo nuestras lenguas naturales, no pueden alcanzar el vigor propio de éstas, porque las interacciones comunicativas que las lenguas artificiales hacen posible, son muy escasas, reducidas y también artificiales.

## 2. El significado y el sentido en el uso de la lengua

Llegados a este punto está claro distinguir, como hace la Lingüística, entre *Lenguaje*, *Lengua* y *Habla*.

La primera de estas nociones, la noción de *Lenguaje*, remite a la capacidad de aprender y usar una *lengua* (o varias), lo cual, en la experiencia humana, procede directamente a una actividad muy concreta: la de interactuar comunicativamente de una manera muy diferente a como se comunican los animales, por muy evolucionados que sean. Si aquella capacidad, que se denominó *Lenguaje*, no es innata como pensaba Chomsky, y no procede de un “órgano neurológico”, sino que, por el contrario es un patrimonio colectivo, un “saber hacer” que previamente existe en la comunidad pero no en el propio organismo del individuo, y que se adquiere interactuando al interior de esa comunidad, como acabamos de comentar unas páginas antes, entonces el lenguaje es como el trayecto que somos capaces de recorrer desde la práctica de la comunicación a la práctica de la lengua. Y como, según decía Machado, “se hace camino al andar”, cuantas más veces recorremos ese trayecto, y cuantos más trayectos ensayemos aprendiendo nuevas lenguas y yendo de una lengua a otra, más rico es el “mapa” mental que nos construimos para orientarnos en el uso de las lenguas. Esta es quizás la imagen que mejor puede representar la noción de *lenguaje*: un mapa mental para orientarnos en el aprendizaje y uso de las lenguas.

Pero ¿en qué consiste una lengua? Unas páginas atrás ya dijimos que una cosa es usar una lengua aplicando con mayor o menor



En esta ilustración podemos observar o bien el rostro de una anciana que mira hacia el ángulo inferior izquierdo de la imagen, o bien el rostro de una joven de espalda, de la que vemos la oreja izquierda donde antes veíamos el ojo de la anciana, y un collar donde antes veíamos la boca de aquella. Así, unos mismos datos perceptivos pueden hacer que veamos figuras diferentes ¿Por qué? Porque el acto perceptivo depende del sujeto que percibe, de su disposición mental. Si nos fijamos bien, jugamos con dos grupos de estímulos sensoriales que se intercambian sus papeles de *figura* y *fondo*. Cuando un grupo de estímulos o sensaciones se estructuran formando un *fondo*, el otro grupo lo hace formando una *figura*, y viceversa. En general, en todo proceso perceptivo tendemos a formar una figura determinada.

corrección sus reglas gramaticales -que como es sabido derivan de compartir un orden (sintaxis) con las palabras, un significado (semántica) adecuado a cada nivel de este orden sintáctico, y un uso (pragmática) adecuado a los escenarios de habla-, y otra ser capaz de representarse todas estas reglas buscándole un sentido. Pero una cosa es el sentido de la lengua para los lingüistas, y otra el sentido de la lengua para los hablantes que hacen uso de ella. Una lengua se aprende probando reglas por ensayo y error; es decir, seleccionando aquellas formas sintácticas, semánticas o pragmáticas -unas correctas, otras incorrectas- en función del éxito comunicativo alcanzado.

En la infancia, las reglas son parcialmente inventadas y parcialmente descubiertas en función de esa experiencia comunicativa, a la que contribuye poderosamente el entorno familiar premiando los éxitos y corrigiendo cariñosamente los fracasos; y en la vida adulta, al aprender una lengua extranjera, los ensayos de prueba siempre se efectúan a partir de las reglas ya aprendidas de la lengua materna, proceso mucho más costoso sobre todo cuando la lengua materna es muy diferente de la otra que se quiere aprender. Hay dos trayectos de sentido (elección de un significado socialmente compartido en la comunicación) cuando se usa una forma (mensaje compuesto con elementos de la lengua, ya sea una sola palabra, o una secuencia de ellas): uno consiste en comprobar si se ha elegido correctamente una de las *formas* posibles del repertorio conocido de formas del mismo nivel, y el otro consiste en comprobar si la forma usada es adecuada al escenario de interacción (secuencia de actos en una interacción con el otro).

Los lingüistas, cuya preocupación va en dirección a establecer una lógica científica de esas formas, estudian sus componentes y el repertorio de formas posibles, segmentándolas en elementos muy convencionales: *monemas*, *fonemas*, *lexemas*, etc. Esto, naturalmente no lo hace ni el niño, ni el adulto cuando comprueban la adecuación de formas respecto al repertorio conocido, y respecto al escenario de interacción; las *formas*, como sabemos por la psicología son aquellas configuraciones de estímulos o sensaciones que nosotros, de un modo casi inconsciente, agrupamos para formar *figuras* que destacan de un *fondo*. Y podemos organizar o estructurar mentalmente esos estímulos (visuales, auditivos, etc.) atendiendo a diversos factores. Buena de prueba de cómo podemos organizar las sensaciones o estímulos de modo diferente lo constituyen las llamadas figuras *reversibles* (mira la ilustración de al lado). Pues bien, en la lengua vamos descubriendo *formas* de muy diversos niveles y no exactamente por el mismo proceso que establecen los lingüistas. Las primeras formas que construye el niño son las denominadas *holofrases*. Son como "palabras totales" ("¡Atá!", "¡Abú!") con las que el niño intenta nombrar una o varias cosas a la vez con el objetivo de delimitar sus propias acciones en el escenario en que es capaz de situarse junto a los demás. Y a partir de ahí, por ensayo y error, vamos enriqueciendo el mapa de formas adecuadas tanto con relación a los significados compartidos, como con relación a los escenarios de interacción. Y cuando, ya de adultos, seleccionamos formas adecuadas, lo hacemos ya sea guiándonos según el mapa elaborado por experiencias donde la lengua se habla con mucha corrección (ámbito social, estudios realizados, etc.), ya sea elaborado por experiencias donde la lengua se habla según hábitos característicos de grupos humanos por ámbito social, regiones culturales, etc.

Como en nuestra cultura científica las representaciones de la lengua impuestas por los lingüistas influyen poderosamente sobre su aprendizaje social (gracias a la educación), los mapas mentales sobre las formas lingüísticas asociadas al éxito comunicativo producen tres

consecuencias importantes:

1. Tiende a confundirse una lengua con su gramática
2. Tiende a considerarse uno sólo de los trayectos de significado compartido para las formas lingüísticas: el de la estructura de las formas disponibles, olvidando el que apunta a los escenarios de interacción.
3. Tiende a imponerse el *habla* del grupo dominante como garantía del éxito en la comunicación.

Estos son los problemas que vamos a ver a continuación.

a. La traducción y los problemas de comunicación, o cómo no puede confundirse una lengua con su gramática.

Quizás conozcas los versos del *Romance Somnábulo* de García Lorca:

*“Verde que te quiero verde.  
Verde viento. Verdes ramas.  
El barco sobre la mar  
Y el caballo en la montaña”.*

O aquellos otros de *La casada infiel*:

*“Y yo me la lleve al río  
creyendo que era mozuela  
pero tenía marido.  
Fue la noche de Santiago  
y casi por compromiso  
se apagaron las farolas  
y se encendieron los grillos”.*

Se puede intentar, si dominamos un idioma extranjero, hacer una traducción. Qué difícil. ¿No parece que a medida que nos alejamos de la transcripción literal se abren más vías alternativas de expresión para recrear los sentimientos que el original puede provocar en nosotros? ¿Y cómo elegir la mejor? ¿Y cuál es la mejor? ¿Existe un criterio objetivo para saberlo? Obviamente no es el trayecto que va desde las formas lingüísticas (palabra, frase, verso...) hacia los significados impuestos por la gramática (¡menudas incorrecciones! en el *Romance Somnábulo*), pero tampoco el trayecto que va desde las formas lingüísticas hacia los significados procedentes de los escenarios de interacción: ¿Cuál es el escenario? ¿El escenario descrito de una seducción a las orillas del río? ¿O el escenario en el que un poeta escribe, recita, o vende y/o regala, ya editado, su poema? Para dar respuesta cabal a estas preguntas, vamos con el siguiente apartado.

b. Texto y contexto en la comunicación

Es obvio que si una forma concreta compuesta según los usos de una lengua, posee más de una alternativa para responder a una situación, esto obliga a admitir que dicha forma es *intencional*: es decir, que depende de cuál sea la finalidad o el objetivo que justifica haberla elegido entre todas formas posibles. Ahora bien, esto nos lleva directamente a reflexionar sobre la enorme importancia que puede tener conocer cuál es la tendencia (entendida como finalidad) que persigue toda comunicación aun antes de que ésta se manifieste. Supongamos que toda significación se establece por la relación entre una *expresión* y un *contenido*, aunque la expresión sea lo único físicamente tangible, exterior a los organismos de los hablantes y no el contenido, que es una representación que se activa en la mente de cada uno. Pues bien, esa relación en la tradición lingüístico-semiótica se establece sobre dos planos: un plano *denotativo* y un plano *connotativo*. El plano denotativo se establece por la elección

exclusiva de una sola relación entre una expresión y un contenido, en función de un solo objetivo o finalidad concreta. Mientras que el plano connotativo se establece por toda una serie de alternativas que una cultura va acumulando a medida que asocia la misma expresión con diferentes contenidos y diferentes finalidades contextuales. Por ejemplo, el primer verso del *Romance sonámbulo* de Lorca, citado antes, “*Verde que te quiero verde*”, en tanto que una forma de expresión, pudo haber sido compuesta antes de que lo hiciera Lorca, pero no se sabe. Pasados los años, se hace célebre y puede alternativamente traerse a colación tanto para referirse al poema de Lorca, como para referirse a otras muchas cosas aprovechando su fuerza expresiva; si haces una búsqueda en [www.google.com](http://www.google.com) escribiendo esas palabras del verso, encontrarás que sirven tanto para identificar organizaciones ecologistas que se hacen llamar de esta forma, como empresas de alimentos naturales, como para referirse al título de un espectáculo, como para ubicar un juego de lenguaje, etc. siempre haciendo coincidir el adjetivo verde con aquellas referencias culturales que arrastra: lo natural, el medio ambiente, etc., pero también el humor relacionado con el sexo. Más aún, dado un contexto comunicativo como el que aquí estamos construyendo contigo, lector, esta forma expresiva resulta el objeto de nuestra reflexión, etc.

Los diccionarios léxicos tratan de inventariar lo más exhaustivamente posible el conjunto de relaciones que pueden establecerse entre una expresión y un contenido, y los diccionarios históricos de la lengua incluso pretenden inventariar los textos literarios donde las palabras aparecen en secuencias textuales, pero no existe diccionario posible capaz de inventariar las finalidades u objetivos comunicativos ligados a los contextos en los cuales un texto es traído a colación. Esta imposibilidad es debida a que en los procesos comunicativos el límite o la tendencia de significación de los textos o mensajes no se cierra en el mensaje, el texto, o forma expresiva, sino en la relación que los hablantes mantienen, no sólo con los textos, sino también la que mantienen entre sí y fundamentalmente con la referencia de éstos, es decir, con las representaciones mentales previas que los textos pueden activar y frente a las cuales el texto añade una parte de los «datos», pero no su totalidad; y obviamente cada cual, emisor y receptor, elabora su propia representación como consecuencia de la situación, en la que además confluyen las experiencias personales y la cultura de grupo, con sus normas, hábitos de habla, etc.

### c. El caso de *My fair lady*: el habla y la sanción social

Seguramente se puede recordar en el cine, o en la TV, la obra teatral de George Bernard Shaw “*Pygmalion*”, o la película de George Cukor *My fair lady*, con guión dramático basado en aquella. En esta historia se relata, con una ironía muy divertida, cómo una joven es sometida a una educación lingüística que persigue transformar su habla habitual y característica de los “bajos fondos” de Londres (grupos de mendigos, truhanes, buhoneros, estibadores, etc.), en el habla peculiar de las reuniones y de los *party* de la “alta sociedad”. Las aventuras que allí se relatan ponen de manifiesto cómo las formas de habla, con relativa independencia de los conocimientos adquiridos que se pueden traer a colación en la conversación, juegan el mismo papel que el vestuario y los complementos que nos ayudan a disfrazarnos en personajes de la vida social.

Esta ya no es una consecuencia de los contextos, ni de la pragmática de las situaciones asociables a la lengua, sino que es otra de las manifestaciones de las influencias sociales externas adheridas a la lengua mientras ésta está viva. Sin el habla, o mejor, sin *hablas* peculiares y características de los grupos humanos, las lenguas no

cambian y mueren: y para vivir y reproducirse en las comunidades humanas la lengua termina, gracias al habla, por servirle a los hablantes mecanismos, que aunque son propios de la lengua, cumplen los mismos cometidos que los elementos de vestuario, maquillaje, disfraz, con que expresar los rasgos de los “personajes” con que nos gusta ser reconocidos.

### 3. La expresión y sus valores sociales y cognitivos

Como hemos ido viendo y comentando en los apartados que preceden, el *lenguaje*, la *lengua* y el *habla* constituyen capacidades, habilidades y destrezas no sólo adquiridas a través de las interacciones comunicativas, sino que les brindan a éstas interacciones oportunidades de enriquecerse, desarrollarse y reproducirse que, de no ser por la mediación de la Lengua, permanecerían limitadas al juego de estímulos y respuestas conductuales propia de especies inferiores. La comunicación es mediadora del lenguaje y el lenguaje es también mediador de la comunicación.

Ahora bien, al igual que la comunicación, el lenguaje, la lengua y el habla son mediadores y mediados por las formas culturales de producción social de bienes y servicios; son mediadores y mediados también por las formas culturales de pensar, reconocerse a sí mismos, reconocer al entorno, es decir, por las formas culturales de conocer; son mediadores y mediados, igualmente, por el capital de recursos propios de los que dispone nuestro cuerpo y nuestra forma corporal de cuidarlo, desarrollarlo, etc.; y, finalmente, son mediadores y mediados por los trayectos vitales recorridos de escenario en escenario sociales, donde la cultura marca de manera bastante exhaustiva el juego de la relación humana...

Veámoslo punto por punto para terminar.

#### a. Valor social de los recursos expresivos: las mercancías de textos y narraciones

Las formas culturales de producción social de bienes y servicios, que comprenden tanto las técnicas de producción, como las estructuras de propiedad para medios, trabajo e intercambio de los bienes y servicios producidos, imponen condiciones nada despreciables al uso de textos y expresiones comunicativas. El derecho a hablar, la obligación de callar y obedecer, el poder para imponer socialmente la vigencia de las propias expresiones haciéndolas escribir y distribuir, etc., no se repartió por igual en ninguna de las sociedades conocidas. ¿Cómo no reconocer la diferente suerte que en cada sociedad histórica han corrido, por ejemplo, aquellos textos gracias a los cuales se impone el poder, se dicta la ley, o se transmiten las creencias que sostienen la cohesión social? De hecho, los primeros textos que se conocen fueron leyes y escrituras de propiedad. Fueron estas urgencias de perennidad las que dieron lugar a las primeras técnicas de escritura conocidas, las cuales permitieron gestionar el saber comunitario acumulándolo, guardándolo, ordenándolo, transportándolo de una parte a otra... Primero el dibujo y la escritura ideográfica, más tarde la escritura alfabética, fueron las primeras técnicas que pudieron desbordar los límites de la comunicación cara a cara, de la comunicación oral, que siempre requería, para ser efectiva, de la simultaneidad temporal (y no demasiado alejada en el espacio) de ambos interlocutores. Pero sólo el más fuerte podía imponer su voluntad de perennidad.

A aquellas primitivas técnicas de la escritura en muros, lápidas, arcilla, papiro, papel, etc., realizadas con las manos (y las ayudas de buriles, pinceles, tintas, etc.) vino a desbordarlas siglos más tarde la tecnología de la imprenta, potenciando las copias de los documentos que, en gran número, podían ser distribuidos entre audiencias cada vez mayores. ¿Y cual fue el primer libro impreso en Occidente? La Biblia. Ahora bien, ¿habría sido posible la Revolu-

ción Francesa sin la imprenta?

Cuando mucho tiempo más tarde, gracias al telégrafo, se superaron los límites que el transporte de mercancías hacía posible para distribuir mensajes rápidamente y a grandes distancias, llegó la segunda revolución tecnológica que, tras la imprenta, vino a desbordar los límites de la comunicación con la distribución instantánea de información: pero ésta, curiosamente, para lo primero que sirvió fue para ganar tiempo en transacciones bursátiles.

Luego vendrían la radio y el teléfono para mensajes sonoros, y la televisión para los audiovisuales..., momento histórico en que la producción industrial de servicios de comunicación se convierte no sólo en uno de los sectores económicos de mayor pujanza, como es el sector de los Medios de Comunicación Social, sino que es a través de ellos donde se juega la construcción social de la realidad...

Finalmente, y tras la tercera revolución tecnológica encarnada por la computación informática de documentos, llegaría Internet haciendo posible la instantaneidad y la ubicuidad entre masas de interlocutores... ¿Cuál será su efecto a escala histórica? Quizás es demasiado pronto para aventurarlo...

Indudablemente, el valor social de los recursos expresivos de la lengua, tras la segunda mitad del siglo pasado, que es cuando la producción distribución y consumo de servicios de comunicación ha conocido su definitiva industrialización, se ha transmutado en mercancía; de la lengua y de sus formas de habla, se retiene como valor dominante su rendimiento económico: si es barata en los procesos de producción, si es rentable por su demanda económica y si sus cotas de mercado, tanto para ser aprendida, como para ser utilizada en las transacciones económicas, negociaciones políticas y en los discursos ideológicos, se encuentran en expansión. La “globalización”, por otra parte, ha hecho que hoy, como nunca, hayan cobrado su mayor auge y su mayor urgencia los servicios de traducción: on line, automática, simultánea, de interpretación, etc. etc.

#### b. Valor cognitivo de los recursos expresivos: el lenguaje del pensamiento

Las formas culturales de pensar, reconocerse a sí mismos, reconocer al entorno tienen su trasunto, como no puede ser menos, en la lengua. Tanto en las virtualidades expresivas que esta brinda a los hablantes, como en las destrezas que con su lengua materna el individuo puede desarrollar al reflexionar, pensar, proyectar sus inquietudes, emociones, sentimientos, etc.

Es de sobra conocido, incluso entre quienes comienzan a estudiar antropología cultural, que las lenguas esquimales, careciendo de términos capaces de matizar los tonos de verdes y ocres, abundan en nombres para discernir las gamas de los contrastes entre blanco y negro...; mientras que las lenguas por ejemplo mediterráneas, careciendo de nombres para discernir las gamas de los contrastes entre blanco y negro..., abundan en términos capaces de matizar los tonos de verdes y ocres. Esto no refleja más que el valor cognitivo que prestan los recursos expresivos del lenguaje tanto al grupo como al individuo.

Disponer de un rico vocabulario, adquirir el hábito de la conversación, del debate, dominar destrezas de redacción e incluso ejercitarse en la declamación e interpretación en voz alta de textos teatrales, constituye un conjunto de recursos de gran valor educativo que desgraciadamente se conserva de forma desigual en las escuelas y que termina por marcar diferencias importantes en la formación y en las oportunidades de éxito social entre aquellos que lo han practi-

cado y los que no.

El lenguaje del pensamiento acaba por convertirse en el capital de mayor rendimiento de las estrategias de planificación y anticipación de acciones e interacciones sociales. Dice la sabiduría popular que si no piensas lo que haces, acabas por hacer lo que no piensas... ¿Y cómo “pensar” sin formular enunciados, sin usar el lenguaje? La deliberación, la duda, la reflexión y el examen de las acciones no las provoca el pensamiento “icónico” (como el discurso onírico, el característico de los sueños), sino el pensamiento lingüístico. No es verdad que una imagen valga mil palabras, sino que una palabra vale mil imágenes, pues es capaz de representar tanto las cosas posibles como las imposibles... Este es el valor cognitivo de la lengua.

c. Valor expresivo del cuerpo, la voz, el espacio, los objetos...

El lenguaje, la lengua y el habla son mediadores y mediadores, igualmente, por el capital de recursos propios de los que dispone nuestro cuerpo y nuestra forma corporal de cuidarlo, presentarlo a los demás, desarrollarlo en sus movimientos, etc. El valor expresivo del cuerpo, de la voz, del movimiento en el espacio, del uso de los objetos *sobre* y *con* nuestro cuerpo (maquillajes, adornos, vestuario), es de antiguo puesto de relieve en el montaje escénico de rituales en todas las culturas, en los que siempre es necesario hacer visibles los rasgos que diferencian a los personajes, rasgos que, sin embargo, han tenido su origen en textos y narraciones, por tanto, a través de la lengua. Si la lengua y el habla señalan, por ejemplo, como “valiente”, a un personaje heroico, la urgencia será hacer visible lo que no es sino una característica abstracta del lenguaje: ¡hay que hacerla visible! Los mitos se expresan por narraciones, pero se ejercitan, se ejecutan, por rituales. Y los rituales son “puestas en escena” donde se visualizan personajes que ejecutan acciones en el espacio y se sirven de objetos.

Los ritos, a su vez, sirven no sólo a ejercitar los mitos y creencias, sino también a mostrarlos, a enseñarlos, a facilitar el aprendizaje y transmisión popular de los mitos y creencias. Por eso, terminan por necesitar “puestas en escena” cuyos efectos sean sólo “representados”, pero no “ejecutados” con sus consecuencias reales sobre los personajes que asumen sus papeles narrativos. Y surge el teatro. En un rito de boda, los personajes que ejecutan sus papeles de “contrayentes”, entran solteros y salen casados, han cambiado de naturaleza social; pero en una representación teatral, no: los actores que hacen de contrayentes no cambian de naturaleza social tras su representación.

Pero si el teatro aparece en todas las culturas a medida que se necesitan enseñar los mitos y narraciones fundantes de la cohesión social, también acaba por brindar la oportunidad de la puesta en escena a cualquier texto narrativo: las primeras obras literarias aparecidas en todas las lenguas naturales (cuyo género es la épica) fueron escritas para ser declamadas en público y más tarde representadas en escena.

Y hoy día, ¿qué decir, que no sea de todos conocido, sobre el auge de las más variadas puestas en escena de narraciones, habida cuenta del incremento productivo del cine, y de éste a través del televisor? O ¿qué decir del auge adquirido por las destrezas ejercitadas por conseguir disciplinar el cuerpo, la voz, el movimiento, etc. de forma que se consiga representar al “propio personaje” haciéndolo creíble? Directores de Instituciones y Organizaciones, representantes políticos y portavoces, habida cuenta de la importancia escénica de los Medios de Comunicación, ya han asumido ejercitarse en estas disciplinas del lenguaje corporal.

d. Valor expresivo de las situaciones: rituales, protocolos y juegos de la relación.

El ceremonial, como se acaba de indicar, puede definirse como la «puesta en escena» socialmente legitimada de interacciones comunicativas, es decir, de intercambios de expresiones o mensajes que, en los interlocutores que participan, pero también en los que los contemplan, activan representaciones mentales (o sea, significados o referencias). Es por consiguiente ante todo una forma social de proceder que atañe tanto a una comunicación que se establece entre interlocutores socialmente válidos, como ante un público espectador que la contempla o la ve.

En cualquier ceremonial, pues, al igual que en el teatro, hay, primero, una interacción entre los propios actores que escenifican un relato, y, segundo, otra interacción expresiva entre el autor (o autores) que diseñan y hacen ejecutar la puesta en escena, y el público asistente al espectáculo que activa en su mente representaciones que el autor pretende inducir con la obra. Pero a diferencia de lo que ocurre en el teatro, la interacción que se pone en escena en los rituales socialmente vigentes en una cultura (por ejemplo, una boda), y en los ceremoniales reconocidos institucionalmente como válidos (por ejemplo, el procedimiento oficiado por el edil municipal, los contrayentes y los testigos), no es ficticia, sus efectos son reales y comprometen la vida de las personas e instituciones ciudadanas que se sirven de ellos para hacer públicos los compromisos contraídos, tanto ante los públicos que los contemplan, como ante la sociedad que reconoce la ceremonia como válida.

Pero hay también otra diferencia entre lo que es un rito y un ceremonial. Por ejemplo, las reglas que ordenan una competición deportiva forman parte de un universo ritual por el que socialmente se sanciona al ganador y al derrotado que, respetándolas, han competido. Pero si la competición, además, se pone en escena ajustándose a unas reglas de procedimiento añadido (por ejemplo, presencia de jueces y fedatarios oficiales para homologar los resultados de la competición), entonces la aplicación y respeto a estas reglas de procedimiento, añadidas a las propias del reglamento del juego, constituyen ya un ceremonial. Si el procedimiento para la homologación de una prueba se ha respetado, las marcas resultan socialmente válidas (es decir, reconocidas y reconocibles) para otorgar el derecho al premio, cualquiera que sea éste —una copa o un puesto en la jerarquía de vencedores, etc.—, y ese derecho incluso puede hacerse valer ante los tribunales, que tendrán que juzgar si la competición no sólo se ha ajustado a sus propias reglas vigentes, sino también a las dictadas por el procedimiento oficial de celebración.

Diferentes culturas o comunidades humanas pueden compartir ritos (los antropólogos los clasifican según determinadas categorías de los efectos sociales que por ellos se legitiman, por ejemplo los «ritos de pasaje» para reconocer el paso de individuos, desde un status a otro); pero los ceremoniales, o «puesta en escena» de los rituales, pueden variar de una cultura a otra, de un grupo humano a otro, de una época histórica a otra, etc. Los rituales son modelos que descubren los investigadores para comprender cómo en los diferentes pueblos, se establecen combinatorias lógicas para asociar rasgos diversos relativos a acciones «significantes» con rasgos integrados en representaciones o «significados» distintos. Los ceremoniales, por el contrario, son sistemas que regulan el uso, para su «puesta en escena», de acciones significantes y representaciones significadas, al objeto de que en una comunidad humana concreta se puedan componer relatos o «textos» ceremoniales. Por su parte, el protocolo se asemejaría al conjunto de reglas ortográficas y estilísticas de la correcta presentación escénica de los ceremoniales. Podría, pues, afir-

marse, que si los ritos corresponden al nivel saussuriano de «lenguaje», los ceremoniales se corresponderían con el nivel de la «lengua», y el protocolo con el nivel de «habla», pero además, no para demostrar diferencias, sino para establecer criterios normativos asociados a valores sociales de excelencia, reputabilidad, imagen corporativa. En definitiva, es por la puesta en escena de los ceremoniales por la que la imagen de las instituciones que se sirven de ellos, logra destacar de manera positiva.

Si seguimos, pues, tomando como referencia la competencia humana para comunicarse explicada en este artículo, enseguida se advertirá que en el habla se aplican de forma concreta y contingente, no sólo reglas procedentes de la lengua y de las destrezas lógicas superiores del lenguaje, sino también normas sociales que atañen al contexto en que se produce la interacción entre los interlocutores (por ejemplo, disposición espacial y temporal de los turnos de palabra, actitudes condicionadas por el rango diferente o similar de los hablantes) y también creencias y representaciones mentales previas sobre la situación, el lugar, los personajes, el tema, los datos particulares y las expectativas por las que discurre la conversación o contacto comunicativo.

Si se pretende llegar a entender cómo se articulan todas estas regulaciones hasta conseguir darle sentido unitario a la comunicación no pueden pasarse por alto el valor expresivo de las situaciones (rituales, protocolos y juegos de la relación) que marcan en último término el sentido de los textos y discursos integrados en ellas.